



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 28

02.05.2021

DOMINGO DE LA 5ª SEMANA DE PASCUA

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 9, 26-31).
Salmo Responsorial	Salmo 21 (Sal 21, 26b-27. 28 y 30. 31-32).
2ª Lectura	De la 1ª carta del Apóstol San Juan (1Jn 3, 18-24).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN JUAN (JN 15, 1-8):

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«**Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.** A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



... EL QUE PERMANECE EN MÍ Y YO EN ÉL, ÉSE DA FRUTO ABUNDANTE...

Solo Jesús puede decir estas palabras que suenan tan increíbles: Jesús me invita a permanecer en Él para que pueda permanecer en mí, y así conseguir que yo produzca frutos abundantes.

Pido, rezo, para que cada vez comprenda mejor y ponga en práctica esta invitación suya, lo que me ha de permitir dar mejor servicio a los demás y estar más cerca de Él, durante mi vida aquí en la tierra.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 15 – La Virgen María, mujer de oración (y 2)

Miércoles, 18 de noviembre de 2020.

María reza con los discípulos que han atravesado el escándalo de la cruz. Reza con Pedro, que ha cedido al miedo y ha llorado por el arrepentimiento. María está ahí, con los discípulos que su Hijo ha llamado a formar su Comunidad.

¡María no hace de sacerdote entre ellos, no! Es la Madre de Jesús que reza con ellos. Reza con ellos y reza por ellos. Y su oración precede al futuro que está por cumplirse: por obra del Espíritu Santo se ha convertido en Madre de Dios y por obra del Espíritu Santo se convierte en Madre de la Iglesia. Rezando con la Iglesia naciente se convierte en Madre de la Iglesia, acompañando a los discípulos y esperando con ellos al Espíritu Santo.

La oración de María es silenciosa. El Evangelio nos cuenta solamente una oración de María: en Caná, cuando pide a su Hijo por esa pobre gente que va a quedar mal en la fiesta. Imaginémoslo: ¡organizan una fiesta de boda y se les termina el vino! ¡Eso es quedar mal! Y Ella, reza y pide al Hijo que resuelva ese problema.

En la Virgen María, la natural intuición femenina es exaltada por su singular unión con Dios en la oración. Por esto, leyendo el Evangelio, notamos que algunas veces parece que ella desaparece, para después volver a aflorar en los momentos cruciales. María está abierta a la voz de Dios que guía su corazón, que guía sus pasos allí donde hay necesidad de su presencia; una presencia silenciosa de madre y de discípula. María está presente porque es Madre, pero también está presente porque es la primera discípula, la que ha aprendido mejor las cosas de Jesús. María nunca dice: “Venid, yo resolveré las cosas”. Sino que dice: **“Haced lo que Él os diga”**. Esta actitud es típica del discípulo. Ella reza como Madre y reza también como discípula.

«María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19).



Así es como el evangelista Lucas retrata a la Madre del Señor en el Evangelio de la infancia. Todo lo que pasa a su alrededor termina teniendo un reflejo en lo más profundo de su corazón: los días llenos de alegría y también los momentos más oscuros, cuando a ella le cuesta comprender por qué camino debe pasar la Redención. Todo termina en su corazón, para que pase la criba de la oración y sea transfigurado por ella: desde los regalos de los Magos o la huida en Egipto, hasta ese tremendo viernes de pasión. La Madre lo guarda todo y lo lleva a su diálogo con Dios.

Algunos han comparado el corazón de María con una perla de esplendor incomparable, formada y suavizada mediante la paciente acogida de la voluntad de Dios a través de los misterios de Jesús.

¡Qué bonito si nosotros también intentamos parecernos un poco a nuestra Madre!

3. PADRE EN LA OBEDIENCIA

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad.

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente», pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21).

Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María. En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2,21). Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. Lc 2,1-7). San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24).

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní. José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. Ex 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. Jn 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (Flp 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo, él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”».





LA LOCURA DE LA CRUZ

El hombre rebelde ante el mal, acusa a Dios y duda de Él. El cristiano también interroga a Dios, pero no puede olvidar que el Hijo de Dios fue torturado en el Gólgota por los hombres que le acusaron y que le hicieron morir. El hombre rebelde no puede soportar la idea de que Dios sea el responsable del mal injusto. Pero el cristiano no olvida que el Hijo de Dios se puso voluntariamente del lado de las víctimas inocentes que sufren injusticias, y no de parte de los verdugos. El hombre rebelde se niega a aceptar la imagen de un Dios impotente o malvado, y termina por negar a Dios: se hace ateo. El cristiano se atreve a reconocer como Dios a ese hombre tan lleno de bondad y de poder, que fue capaz de aceptar el suplicio de la cruz.

MUERTO Y RESUCITADO, LA IMAGEN DE CRISTO EN CRUZ

El cristiano no puede pensar en el problema del mal, en el misterio del sufrimiento, en el escándalo del justo o del niño torturados por la enfermedad o por el verdugo... sin pensar al mismo tiempo en Cristo. «Jesús supo escoger también el último lugar...» decía Carlos de Foucauld. Jesús sufrió hasta el máximo el suplicio de la cruz, uno de los más atroces que los hombres hayan inventado.

Todos tenemos en la memoria el relato de la Pasión. Encontramos cruces en las encrucijadas de los caminos, sobre los muros, porque la imagen oficial de nuestro Dios es la de un hombre ajusticiado.

Se lee en el Evangelio de San Marcos:

«Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar». Y llevándose



a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo». Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo

quiero, sino como quieres tú.»

... Ellos contestaron: «Es reo de muerte». Entonces le escupieron a la cara y lo abofetearon; otros lo golpearon diciendo: «Haz de profeta, Mesías; dinos quién te ha pegado». Dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?». Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?». Ellos dijeron: «A Barrabás». Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «Sea crucificado». Pilato insistió: «Pues, ¿qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Sea crucificado!». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban. De la misma manera los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: Elí, Elí, lemá sabaqtaní (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). Jesús, gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu.» (Mc 14, 15).

*Fichas de cultura religiosa para jóvenes de Pierre Dentin y un equipo de párrocos.
(Continúa D.m. la próxima semana)*